

coleccion de cuentos anteriores y que proporcionó más tarde el tema del famoso *Jehan de Paris*. Pero lo que nos interesa en *Jehan et Blonde* no es la fábula, sino el medio en que su autor la ha colocado.

La novela de *Jehan et Blonde* comienza con esta reflexión: un gentilhomme pobre tiene otras cosas que hacer, en lugar de quedarse en su casa y convertirse en una carga para sus padres. Es preciso ir al extranjero, buscar fortuna ó ganarse la salvación del alma combatiendo en ultramar, en Morea ó en otra cualquier parte. Así hace el héroe de esta historia, Juan, hijo mayor de un caballero que con sus dos hijas y sus cuatro hijos habitaba en Dammartin en Francia. El padre de Juan mantenía su rango como podía: era dueño de una pequeña hacienda de 500 libras, pero cargada de deudas é hipotecas, porque en su edad madura pagaba, «como es costumbre,» las deudas contraídas «para los torneos» en su juventud. A los veinte años, Juan, para no ser una carga á los suyos, tomó el camino de Inglaterra, á caballo, con veinte libras en el bolsillo y acompañado de Robin, su paje. Atraviesa «el arroyo,» de Boulogne á Douvres. En el camino de Douvres á Londres encuentra al conde de Osenefort (Oxford), un gran señor que hablaba muy bien el francés (porque había estado en Francia á aprenderlo) y que le guardó por escudero. Juan, cortés y bien hablado, tanto se hizo querer del conde y la condesa, que le hicieron entrar en el servicio de su hija llamada Blonda; cortaba ante ella en la mesa. Después de comer, hechas las abluciones, Juan iba con frecuencia «al cuarto de las señoras;» allí gustaba mucho, porque hablaba francés, era amable y sabía jugar al ajedrez, á las damas y á los dados.

Pero se enamoró; se enamoró tanto que, en la mesa, se olvidaba de cortar, y que un día, absorto en sus pensamientos, se cortó los dedos al hacerlo. Blonda, conmovida por el accidente, pero sin adivinar la causa, hace enviar al enfermo viandas exquisitas, entre ellas un capón aderezado con hierbas; pero estos testimonios de simpatía quedan sin efecto. En vano el «físico» toma el pulso al enfermo y examina sus orines. En fin, hablando á su dama, Juan se atreve á confesar: «Curaos, pues, le dice Blonda, y seréis mi buen amigo;» pero todavía no le amaba. Cuando Juan está curado (lo que no tarda en suceder), ella vuelve á tratarle como antes. El se queja dulcemente: «Estabais fuera de vos, dice ella; hice lo que convenía á vuestra salud, pero no esperéis que me rebaje.» Recrudescen la enfermedad. Esta vez Blonda se conmueve. Por la noche, vestida de un manto de armiño, entra en la cámara de Juan, que iluminaba una lámpara en un vaso. Resucita al moribundo con un beso y le sirve con sus bellas manos un pollo en fiambre y agraz para beber. Desde entonces, durante dos años, se vieron todas las noches con todo bien y satisfacción. Era una «duce vida;» él la llamaba «dulce dama;» ella le llamaba «dulce amigo.»

Un día, un mensajero venido de Francia notifica á Juan que su madre ha muerto y que su padre está moribundo. Antes de separarse, los dos amantes tienen una entrevista bajo el peral del jardín; convienen en que, al cabo de un año exacto, Juan volverá para buscar á Blonda. Después el mozo se despide del conde, quien le promete, si vuelve, hacerle senescal de sus dominios.

Muerto el padre, Juan es su heredero. Por consejo de sus amigos, va á prestar homenaje al rey de Francia, en París, de la tierra de Dammartin. Complace al rey, que le libra de sus derechos de traslación, y que voluntariamente le habría «conservado» en su servicio. Pero Juan, cuyos pensamientos están en otro lado, presenta, en su lugar, á sus tres hermanos, á quienes el rey hace después caballeros, los casa y los dota. Juan paga además las deudas de su padre (con las esterlinas que había traído de Inglaterra), y por sus esplendideces se gana la estimación de sus vecinos y del país de Dammartin.

Mientras tanto, en Osenefort, la condesa había muerto; y un muy rico señor, el conde de Clocestre (Gloucester) había pedido á Blonda; con gran trabajo Blonda obtuvo de su padre que el día de las bodas se retardara hasta el término fijado para la vuelta de Juan.

El año de plazo está á punto de expirar. He aquí á Juan y al fiel Robín de nuevo en Douvres, donde se entienden con un marinero, que día y noche les esperará en la orilla del mar. En Londres, delante del hotel donde para, encuentra Juan un cortejo magnífico de escuderos, sargentos, caballeros, clérigos, etc. ¿Qué es esto? Un escudero que «sabía la lengua de Francia» (parece que durante su larga estancia en Inglaterra Juan no había tenido tiempo de aprender la lengua del país) le dice: «Es el conde de Clocestre que se va á Osenefort á prometerse con la joven señora del lugar.» Desesperación de Juan, á quien conforta Robín. Pero no hay tiempo que perder: Juan se une al séquito del conde, ya que todos van al mismo sitio.

Por el camino Clocestre repara en él: por su traje reconoce perfectamente que este desconocido es francés: le interroga en su lengua, pero se expresa bastante mal. Los franceses del siglo XIII, que tenían una repugnancia invencible en hablar otra lengua que la propia, se mofan muy fácilmente del acento de los extranjeros: «Amigo, sed bien venido; ¿cómo se llama vuestro nombre?»

Por su parte los ingleses se divierten con el extranjero; por sus respuestas irónicas, cuya sal no comprenden, le creen un tonto: «Los verdaderos franceses son más imbéciles que un carnero.»

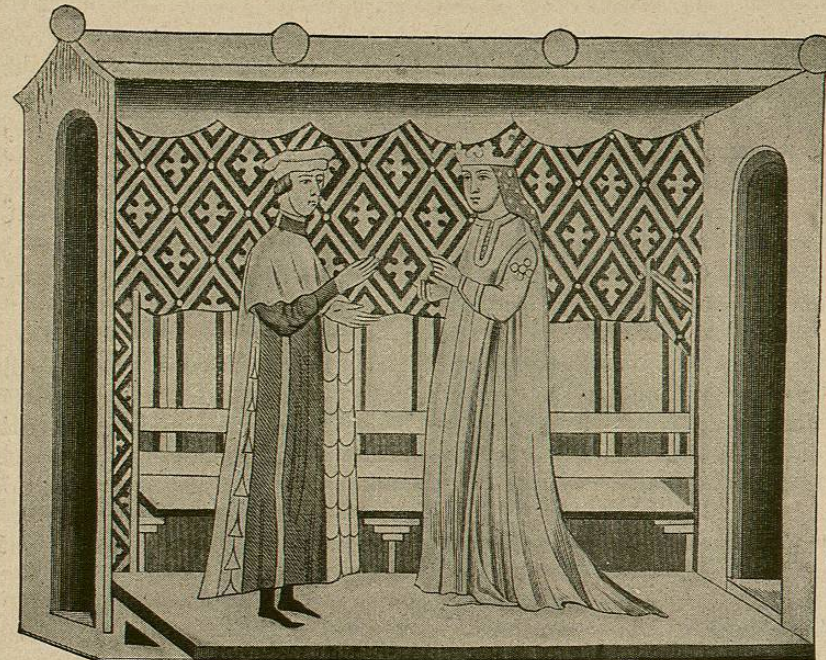
A la vista de Osenefort, á la puesta del sol, Juan se retira, y la razón que da para no admitir la hospitalidad que se le ofrece, vuelve á excitar la hilaridad de Clocestre: «No hace mucho tiempo vi aquí un hermoso gavián y voy á ver si ha caído en la trampa.» Mientras tanto, Blonda esperaba á Juan bajo el peral del jardín con un cofrecillo lleno de joyas. Los dos amantes huyen, evitando los grandes caminos. Cabalgan de noche. Durante el día se esconden en los bosques. Robín iba á buscar provisiones á los lugares, de donde volvía con pasteles: se había proporcionado vino, porque en Inglaterra no lo tienen. Se colocaba el mantel sobre la hierba verde salpicada de lirios, y se comía bajo el ramaje.

En el momento en que los amantes huían, los dos condes de Osenefort y de Clocestre se congratulaban en la gran sala del castillo, ante las mesas colmadas para el banquete del desposorio. Antes de comer, Clocestre manifiesta cortésmente el deseo que tiene de ver á Blonda. Se la busca. Mientras se la busca, el buen

señor explica el encuentro que ha tenido en el camino con un estúpido francés y relata su historia del gavián. Pero Blonda ha desaparecido. Su padre, hombre experimentado, lo comprende todo y reconoce á Juan. «Se han burlado de vos, dice á Clocestre; el gavián era mi hija.» Por lo demás, toma bastante bien lo que acaba de pasar.

No sucede lo mismo con el conde, que, ultrajado, se apresura á hacer guardar todos «los puertos de mar». Marcha á Douvres, donde están los fugitivos. Robín, destacado de centinela, se entera del peligro; se procura

les. Este día vestía Blonda una cota de paño de oro y un manto cuyos broches valían por lo menos catorce marcos; llevaba trenzados los hermosos cabellos; su limosnero y cinturón adornados de pedrerías y perlas. Después de la misa, comida; después de la comida, arpas, danzas y canciones; por la tarde, cena; después de la cena, danzas; un sorbo de vino antes de acostarse, según la costumbre. Finalmente, los huéspedes se retiran. Juan, «para honrar á su dulce amiga,» retiene á diez caballeros, que en adelante servirán en su casa. Juan deseaba dos cosas todavía: obtener el perdón



Miniatura de la novela *Tristan*, que se conserva en la Biblioteca Nacional, París

armas para su señor y para él. Juan reviste un espaldar de borra de seda, una loriga y un jubón; cubre su cabeza con un birrete, y Blonda le ciñe la espada. A la claridad de la luna, sobre la playa, se trava un combate singular entre Clocestre y Juan, que naturalmente resulta vencedor. Síguese una batalla con las gentes del conde, en la que las destales del fiel marinero y de sus gentes hacen maravillas contra las armaduras de los caballeros ingleses. Juan es herido; pero, después de la travesía del mar, un médico de Boulogne le cura fácilmente. En tres etapas, por Hesdin y Corbie, los enamorados, que salieron de Boulogne, llegan á Clermont en Beauvaisis. De aquí se dirigen á Dammartin, donde las hermanas de Juan, prevenidas, habían preparado una recepción: pescados y viandas á discreción; vinos de Orleans y de Auxerre; todo el mundo con trajes de fiesta. Veinte caballeros tienden el brazo para ayudar á la bella extranjera á descender; sus futuras cuñadas la abrazan y la conducen á sus cámaras, para cambiar de vestidos. En la «sala» una turba de caballeros y sirvientes se deshacen en cumplidos; Juan, cuya educación es perfecta, le «sirve» y honra á todos como conviene. Todos comen y beben á voluntad, y danzan á la redonda, después de cenar, hasta el día siguiente. En la boda, que no tardó, se congregaron cien caballeros, doscientas damas y hasta treinta ministri-

del conde de Osenefort, y recibir la caballería. Se presenta en París al rey Luis. El rey estaba al corriente de las aventuras del héroe. Le entrega Dammartin y Montmeliant, que vale más de seis mil libras; le otorga el título de conde, y le inviste «con su propio guante.» También ordena á su «secretario» que escriba una carta en su nombre á Osenefort, para informar al viejo conde de que su hija no se ha rebajado. Esta carta la llevaron á Inglaterra dos caballeros, consejeros del rey. La alegría de Juan es extrema: habría besado los pies del rey; sirve en su presencia á la mesa, y por la tarde se va á la orilla del Sena á distraerse hasta la hora de acostarse.

El conde de Osenefort se desenoja fácilmente con la carta del rey. Parte con treinta caballeros, cuyos arneses y mantos son uniformes; y le acompañan sesenta escuderos con ochenta caballos ó mulas cargadas de presentes. A la noticia de su llegada y del arribo del rey, la villa de Dammartin se pone en movimiento: las calles, que resuenan con ruido de bocinas, atambores y cuernos sarracenos, se cubren con telas de lino «tan espesas, que no puede verse el cielo;» cuelgan de las ventanas paños de oro y de escarlata, forrados de veros, de gris y de armiño. Cumplimentase al rey, á la riena y al conde: las damas cantan canciones y los caballeros responden; «la llanura resuena con la alegría que van

derramando.» Finalmente, una gran comida reúne alrededor de las mesas colocadas bajo un pabellón al rey, á la reina, al suegro, al yerno y á la hija, reconciliados, con su séquito. El rey conducía á Blonda «por el dedo» y la reina fué conducida de igual manera por el conde de Osenefort. Después de las abluciones finales, los ministriles hicieron música. Juan y los que debían ser hechos caballeros al día siguiente, se fueron «á meter en un poco de agua,» es decir, á tomar un baño; vestidos de una cota, de lienzos blancos y de un manto, pasaron la noche en la iglesia; un músico tañía ante ellos para distraerles. Por la mañana, oída la misa, tomaron algún refrigerio; después el rey, habiéndoles ceñido la espada, les dió la bofetada simbólica, la «colación.» Tal era entonces la forma de la investidura caballeresca.

Juan, conde de Dammartín-en-Goële y de Osenefort (después de la muerte de su suegro), casó muy bien á todos sus hermanos, á sus hermanas, y á Robin y al marinero, que obtuvieron bizarras burguesas de Dammartín. El autor de la novela le alaba por haber sido en adelante, el modelo del buen señor; siempre rodeado de una bella familia, no sabía estar solo. Juan y Blonda ayudaban á las pobres monjas, casaban á las pobres mujeres, daban tierras y dinero á los que querían «buscar honor;» honraban á la «Santa Iglesia.» El municipio les quería mucho porque hacían «por la gente humilde» lo que debían, y daban largamente de lo suyo.

La moral de esta historia es que es necesario «conquistar el honor.» Pero ¿cómo? No ciertamente haciendo usura ó maldiciendo; sino mostrándose dulce, cortés, bondadoso, leal y sabiendo complacer á todo el mundo, hablando y callando á tiempo. Por lo demás, si el primer deber es enriquecerse, el segundo es gastar: «Juan con su saber conquistó á su esposa y gran cantidad de dinero; pero al morir sólo se llevaron el mucho bien quepor Dios habían hecho. Que cada cual se esfuerce, pues, en ganar bien y en emplear mejor lo que gane.»

III.—Bauduin de Sebourc

Bauduin de Sebourc es un obra completamente típica de los primeros años del siglo XIV. El autor anónimo de este poema heroico-cómico, un valón, era francés de espíritu. Su novela, de enormes proporciones, difusa, pomposa, fantástica, es una casi parodia de las antiguas epopeyas, muy viva en las partes originales, descriptivas ó satíricas. A tal novela, tal público. El público del tiempo de Felipe el Hermoso está pintado en *Bauduin de Sebourc*, y quien lea esta novela sabrá lo que complacía á este público. No intentaremos resumir aquí un poema que se extiende por todas partes en ramas parásitas, groseramente enlazadas. Bastará poner de relieve algunos de los principales episodios.

Habiendo sido durante una cruzada entregado á los sarracenos el rey de Nimega por un traidor, Gaufredo de Frisa, este traidor casó con su viuda. La viuda tenía cuatro hijos: para sustraer al menor, Balduino, al odio de su padrastro, confiólo la madre á un caballero, que murió, confiándolo á su vez al señor de Sebourc. Balduino fué criado hasta la edad de diez y seis años en el castillo de Sebourc, como hijo de la casa: aprendió á jugar al

ajedrez, á las damas y á los dados, y también á montar á caballo; todavía no tenía barba, cuando ya le bastaba hablar con una dama para que dicha dama fuera apaleada en su casa: tantos celos inspiraba á los maridos. Apareció por vez primera en público en el torneo de Valenciennes. Cada caballero llevaba consigo dos escuderos; Balduino era uno de los del señor de Sebourc: antes de terminarse la reunión había estado veinte veces en el poste donde era costumbre atar los caballos conquistados á los enemigos desarzonados; los heraldos de armas cantaban sus alabanzas. La hermana del conde de Flandes se enamoró de él; el conde de Flandes y de Hainaut lo tomó á su servicio.

Mientras tanto, la hija del señor de Sebourc iba á parir; el señor de Sebourc rogó á Balduino que se confesara responsable y reparase su falta. «Os devolveré lo que os debo, respondió Balduino; pero no puedo casarme: el hombre que se casa es un necio.» Por su parte, Balduino pensaba que se casaría de buena gana con la señora de Flandes, más «rica en dinero y amigos» que la damisela de Sebourc. Madama Blanca no le había dejado ignorar sus sentimientos. Un día huye con ella: aquí comienzan las aventuras del héroe.

Balduino y Blanca atravesaron, en primer lugar, la Francia, donde derrocharon todo el dinero que habían llevado con ellos. Helos, pues, reducidos á la miseria, porque Balduino «no sabía hacer nada,» y madama Blanca tampoco. No le quedaba más recurso que alistarse en algún sitio, siguiendo el uso del tiempo, como «soldado.» Buscaba dónde alistarse, cuando un día, en un pueblo de Alemania, al levantarse el sol, se le ocurrió la idea de oír misa. El sacerdote que la decía, turbado por la presencia de Blanca, apresura el oficio y no tarda en invitar á los dos amantes á comer. Pero sus intenciones no son puras. Busca y procura desembarazarse de Balduino, primero haciéndole beber y en seguida por traición. Vase á ver secretamente al alcalde para denunciar á su huésped; es alguien que le debe cien libras, y es necesario encerrarle «en la torre» del municipio hasta que haya pagado. «Nunca nadie tuvo tal catadura de ladrón, es cierto; pero el mozo es vigoroso, conducídmelo á la torre y no saldrá de ella.» Efectivamente, en el transcurso de un paseo, Balduino, sin desconfianza, se deja conducir y penetra en el calabozo municipal, cuyas puertas se cierran en seguida. Pero cuando Balduino se ve sorprendido, encerrado con el alcalde y los sargentos, de un solo golpe coge al cura, que se esconde debajo de un banco: «¡Oh! No os escaparéis; por mi fe, *dominus*... Si no salís de ahí, por Dios, señor Garín, os doy con este banco que os hablará en latín...»

La población se amotina: se dispara la alabarda contra Balduino, que con un escudo al brazo hace rodar sobre los sitiadores las piedras de las almenas. Mientras tanto, el caballero, señor de la villa, acude al ruido. Detiene á los sitiadores y perdona á Balduino los hombres que le ha muerto, porque había hablado con Blanca, que le informó de todo. En cuanto al sacerdote, á quien Balduino ha respetado á causa de su carácter sagrado, pero á quien ha hecho, sin embargo, «llenar de sangre un barreño,» el propio caballero se encarga de castigarlo. Le hace desnudar y echar al río. Era en invierno. El desdichado murió. He aquí las reflexiones que su suerte inspira al trovador: «¡Pluguiera á Cristo y

á su digno nombre que todos los sacerdotes de tal condición fueran despachados de tal suerte!... Digna cosa es un cura cuando hace lo que debe..., porque sabe la Escritura y toda la concibe; pero quien menos la sabe es quien mejor la cree.»

Un día en que Balduino y Blanca no tenían un sueldo, repararon en unas tiendas de campaña levantadas en torno de un castillo sitiado. «Ya que hay guerra en este país, dijo Balduino, hétenos ricos.» Blanca se disfrazó de escudero para evitar las reflexiones que su amigo preveía que harían los soldados. Descienden los dos á la cantina y Balduino se hace servir el mejor vino («Al que de grado bebe vino, Dios le presta su ayuda»), buen pan y carne salada. Balduino se informa de las causas de la guerra, porque no habría querido combatir

Balduino entra en la villa: en la plaza del mercado encuentra á un muchacho que le pide auxilio. Balduino le sigue: la hospedera llora. ¿Ha muerto su marido? No lloraría por esto. Su hija debe casarse y las gentes de Gaufredo exigen, sea la mitad del dote, sea lo que se llama en nuestros días «el derecho de señor.» Balduino, indignado, será el campeón de querrela tan justa. Penetra en el castillo de la villa, donde las gentes de Gaufredo comían, y les mata. En seguida arenga á los burgueses: no quiere desheredar al señor legítimo del país; pero si Gaufredo no perdona lo que acaba de suceder, les ayudará á defenderse. Se le aclama; es dueño de la ciudad.

Gaufredo, informado de todo, convoca rápidamente á los nobles y no nobles de Frisa, para sitiar Lusarca.



Ceremonia de armar caballero. Miniatura de un manuscrito del siglo XIII. (Museo Británico.)

contra derecho; pero justamente se da el caso de tener razón los sitiadores. No teniendo con que pagar su escote, deja en prenda á su escudero y marcha «en busca de sueldo,» es decir, á *reclutarse*. El mariscal de la hueste de los sitiadores «escribe su nombre» y le acepta. Al día siguiente se mezcla á la multitud, vestido de una sobrevesta y de una cota de hierro, desnuda la cabeza, con cómico espanto del cantinero, que por lo menos hubiera querido colocarle un puchero de hierro en la cabeza. Inútil relatar sus hechos extraordinarios. Por sí solo logra la victoria.

Balduino y Blanca se embarcan en seguida para Tierra Santa; pero el azar hace que den sobre las costas de Frisa, cerca de la villa de Lusarca.

Por este tiempo, el rey Gaufredo de Frisa había enviado gentes suyas á Lusarca, para «cobrar una talla del municipio y un diezmo del clero.» La villa estaba llena de «sargentos» y de «bedeles» de los cobradores. Todos los «hombres de oficio» debían pagar la *maletôte*. Los que protestaban eran ahorcados. Prodióse un incidente. El bedel Gautier, que cuando hablaba á los contribuyentes «giraba los ojos como un diablo,» había exigido brutalmente la contribución á un carnicero; pero, en el momento en que iba á recoger el dinero sobre el mostrador, le cortaron en seco la mano de un hachazo. El carnicero había huído á Francia, y los otros cobradores se habían vuelto menos arrogantes para con los carniceros, porque á nada conduce atreverse: «Quien hace buena cara está salvado á medias, y el cobarde ruin es derrotado siempre.»

En la ciudad rebelada las campanas tocan á alarma. Balduino no da más que un consejo: «debemos herir;» si los burgueses no son de esta opinión, que lo digan y está pronto á partir. Pero todos le juran fidelidad. Entáblase el combate ante los muros. Sin embargo, Blanca, inquieta, prevé que la cosa acabará mal; ¿cómo confiar en semejante populacho? Los burgueses no están nunca seguros: «Os han jurado, por su fe, gran lealtad, pero amor de municipio pasa presto...» Señora, responde Balduino, confío en mi derecho. Los señores que tallan á sus gentes, como lo ha hecho el señor de Lusarca, obran abominablemente; Dios no ordenó jamás á los príncipes y reyes despojar á los suyos: antes bien, les ha constituido en esta vida mortal guardianes de su país...»

A pesar de todo, Blanca tenía razón. Por traición, Gaufredo se apodera de la ciudad. Pero como el autor de la novela ha resuelto conducir á su héroe á otra parte, no vacila en atribuirle en esta ocasión un papel poco brillante. Vencido, Balduino marcha sencillamente; y los burgueses, á quienes abandona, son castigados por Gaufredo con un rigor terrible.

Pasemos sobre las absurdas y monótonas aventuras en el país de Oriente, que ocupan catorce años y muchos millares de versos. Balduino vuelve á Boulogne. Se le ocurre ir á ver á su bastardo al torreón de Sebourc. Vístese, en efecto, de monje negro y se hace tonsurar. Pasa á la abadía de Saint-Amand. El abad, viendo «sus buenos puños,» le trata á maravilla: buena cena, buena cama y lo demás. Llega finalmente á Sebourc,